

## La memoria en Tzvetan Todorov: una cuestión personal, teórica y política

Sección temática: 5. Filosofía, política e historia

Nombre y apellidos del autor: Gregorio Saravia Méndez

Titulación académica, actividad profesional y centro de trabajo: Doctor, investigador y Profesor Visitante del área de Humanidades: Filosofía, Lenguaje y Literatura de la Universidad Carlos III de Madrid.

Correo electrónico: [saravia.gregorio@gmail.com](mailto:saravia.gregorio@gmail.com)

Resumen de la comunicación:

Es razonable pensar que el dolor crea una memoria casi imborrable en quien lo ha padecido pero ¿qué ocurre en las comunidades, en la cultura, en la humanidad con el paso del tiempo?, ¿qué conservan y qué olvidan de los hechos traumáticos del pasado?

Interrogantes como éstas, han llevado a Tzvetan Todorov a estudiar el tema de la memoria en obras tales *Frente al límite* (1991), *Los abusos de la memoria* (1995), *Memoria del mal*, *Tentación del bien* (2000), *La memoria, ¿un remedio contra el mal?* (2009) o *La experiencia totalitaria* (2010). Semiólogo de formación y representante del método estructuralista aplicado a la literatura, su reconocimiento internacional en el ámbito académico ha venido por sus análisis culturales, trabajos en historia de las ideas y cuestiones relacionadas, justamente, con la memoria.

Huyendo de ciertos tópicos bien arraigados, tales como los que definen los campos de concentración como la manifestación de un mal inconcebible en términos humanos, Todorov ha insistido en que los sufrimientos infringidos por los victimarios no deben ser interpretados a partir de una anomalía psicológica o psiquiátrica que éstos poseyeran.

Del testimonio mismo de los supervivientes, entre ellos el de Primo Levi o el de Jean Améry, se puede constatar que los campos estaban bajo el mando de personas comunes. Por supuesto, había una minoría de guardianes que disfrutaban con el sufrimiento ajeno pero éstos únicamente representaban entre un cinco o diez por ciento del total, el resto eran hombres que no padecían ningún tipo de patología clínica. Tampoco sería adecuado, según Todorov, explicar las atrocidades cometidas durante el período de la Alemania nazi o de la U.R.S.S. estalinista como una vuelta a supuestos instintos primitivos anidados en el interior de la condición humana. Los perpetradores del exterminio cumplían escrupulosamente con las diferentes etapas de un plan, meticulosamente diseñado, en el cual no había prácticamente espacio para dar rienda suelta a instintos bestiales. Se trataba de cumplir fehacientemente con lo establecido en las órdenes superiores. Por último, los crímenes en masa cometidos en los campos de concentración y de exterminio no fueron, de acuerdo con Todorov, el resultado del fanatismo ideológico sino de algo aún mucho más escalofriante: el conformismo.

Los regímenes totalitarios actúan directamente sobre la conducta moral de los individuos reuniendo, según Todorov, tres características fundamentales. La primera tiene que ver con el lugar reservado al enemigo porque éste se sitúa en el interior mismo del país, se trata de un enemigo interno y más allá de los enemigos externos que también puedan concurrir. La segunda consiste en convertir al Estado en el cancerbero de los fines sociales últimos y también en la única medida válida para distinguir el bien

del mal. El Estado, y no una abstracta universalidad, tiene plena autonomía para fijar el rumbo de la sociedad. Y la tercera es que el Estado totalitario anhela controlar todos los aspectos de la vida individual y social. Por ello, se superponen las esferas pública y privada que quedan a merced de lo que disponga el poder estatal.

En las reflexiones de Todorov respecto de la experiencia totalitaria encontramos, al menos, tres buenas razones para trabajar en y por la memoria.

La primera es que el juicio que hagamos sobre el pasado es el que nos permitirá extraer lecciones para el tiempo presente. La fundamental es evitar que un mal de esas proporciones vuelva a tener lugar.

La segunda es que el conocimiento de la verdad histórica es el arma más eficaz para combatir a la filosofía totalitaria puesto que ésta se construye siempre a partir de su voluntad por falsear los hechos. Ahora bien, el conocimiento de esta verdad se topa con resistencias que no siempre provienen de los defensores de ideologías contrarias a la democracia o los derechos humanos, sino también de nosotros mismos. Leer los relatos de los supervivientes, confrontar los horrores experimentados por las víctimas o interrogarnos acerca de qué hubiésemos hecho en el caso de ocupar el lugar de los victimarios, es una tarea que resulta incómoda y desagradable. Por ello, en muchas ocasiones preferimos el refugio que provee la ignorancia o el olvido.

La tercera es que la experiencia de los campos, trabajada desde la memoria, es un instrumento valioso para juzgar injusticias actuales pero para ello resulta imprescindible despojarla del carácter inconmensurable que ha prevalecido en ciertos autores y lecturas. Si se afirma que la comparación entre el Holocausto y otros discursos sobre la memoria traumática resulta imposible o puede llegar a ser una afrenta para las víctimas del exterminio nazi, se bloquea la reflexión sobre otras historias similares.